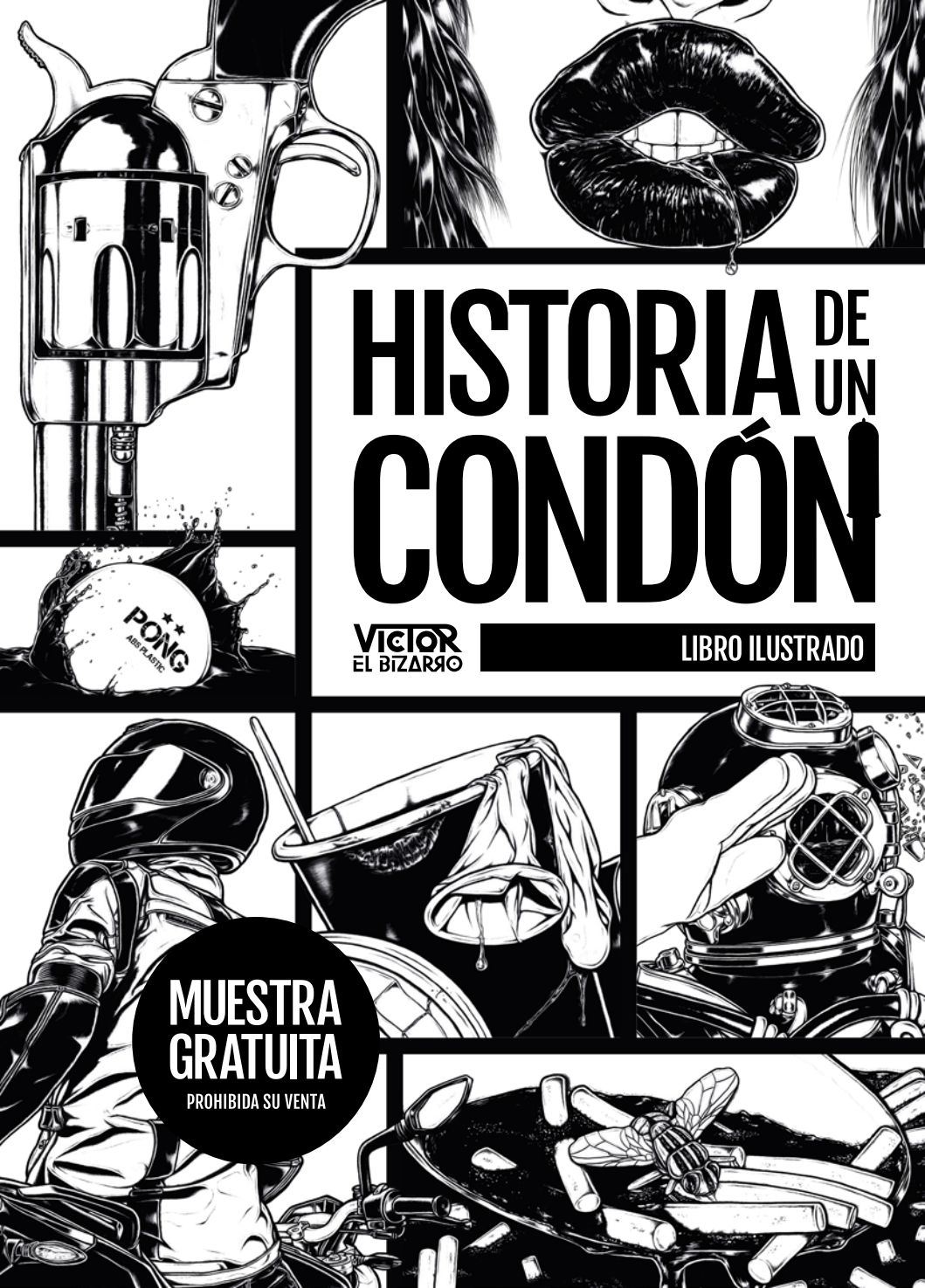


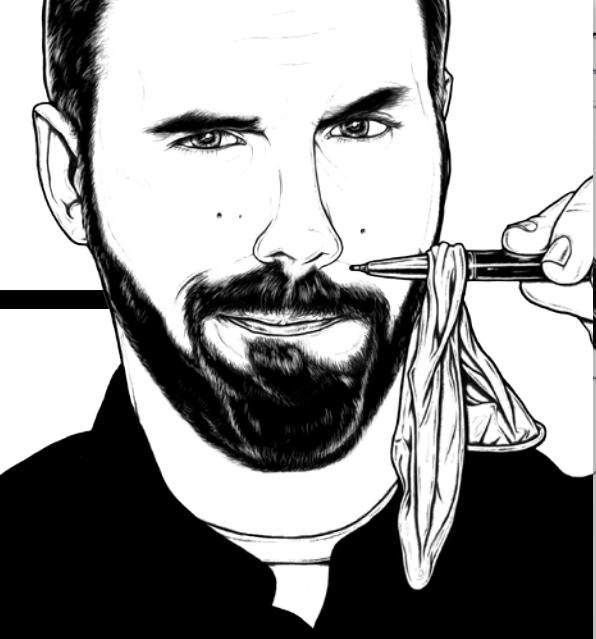
HISTORIA DE UN CONDÓN

VICTOR EL BIZARRO

LIBRO ILUSTRADO

MUESTRA GRATUITA

PROHIBIDA SU VENTA

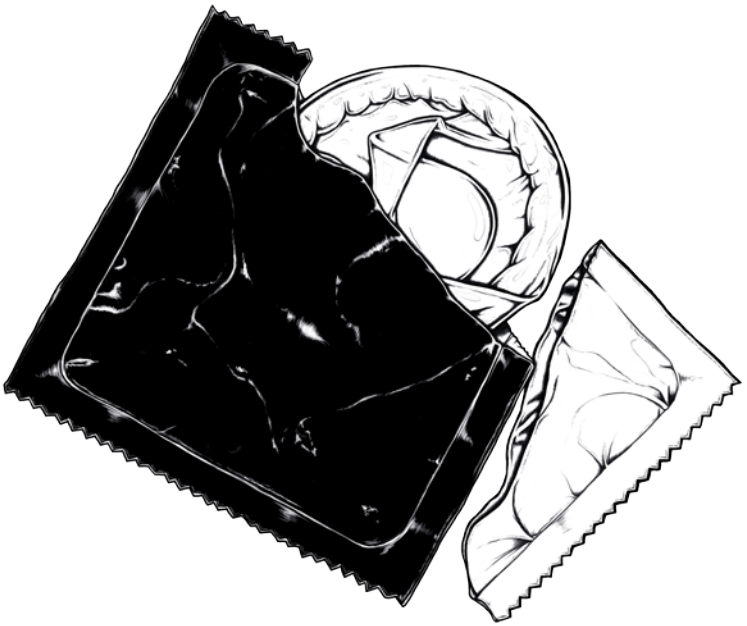


Un pensamiento cruzó por mi mente mientras sostenía con dos dedos un preservativo frente a mí, moviéndolo de un lado para otro como un péndulo, hipnotizándome a mí mismo con aquel trozo de látex humeante: «¡Qué triste debe ser la vida de un condón! Te lo pones, lo rellenas y a la basura...».

Así que decidí escribir las vivencias de un profiláctico, de uno al que le pasase de todo. Y después de pulir bien la historia; tras acabar con tendinitis crónica —¡por dibujar las ilustraciones, malpensado/a!, que ya te veo suponiendo que es de «tocar la zambomba»— por hacer tanto detallito con pinceles de 7px, me encontré sosteniendo entre mis manos esta obra maestra de lo *bizarre* y no pude resistirme a compartirla con el resto del mundo... Sí, tú incluido/a.

WWW.VICTORELBIZARRO.COM

HISTORIA DE UN CONDÓN



Muestra gratuita
Extracto del libro completo

Título original
Historia de un condón

Autor / Editor
Víctor Martín Rodríguez (*Víctor el Bizarro*)

© Víctor Martín Rodríguez, 2021

Diseño, maquetación, textos e ilustraciones
© Víctor Martín Rodríguez, 2021
www.victorelbizarro.com
www.historiadeuncondon.com

ISBN de la obra completa (edición impresa): 978-84-09-31163-7
GGKEY de la obra completa (edición digital Google Play Books): T64JD3BEP7Z

Primera edición en lengua española de la obra completa: abril de 2022

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea mecánico o electrónico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del *copyright*.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, establecimientos, marcas y/o empresas, lugares y sucesos que aparecen en esta publicación son producto de la imaginación del autor, o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), establecimientos, marcas y/o empresas, lugares y acontecimientos es pura coincidencia. El autor de esta obra no busca fomentar ni animar a realizar ninguna de las conductas y/o acciones reflejadas en la misma.

HISTORIA DE UN CONDÓN

VICTOR EL BIZARRO

LIBRO ILUSTRADO

MUESTRA GRATUITA

PROHIBIDA SU VENTA

1

PAJA PUJA

Si fuese una lavadora, sería uno de esos mazacotes antiguos encastrados en la pared de una lavandería autoservicio. Con las gomas cuarteadas, la pintura saltada por el vaivén de unas piezas que, por extraño que parezca, todavía encajan entre sí, la ranura del efectivo más desgastada que la de una máquina tragaperras, y el panel de control totalmente descascarillado y oxidado de tantas monedas frotadas buscando una segunda oportunidad. Sin una muerte anunciada, sin obsolescencia programada[1]. Desgastándome día tras día hasta que la acumulación de pelos y fibras textiles atascasen mi tubo del desagüe, obligándome a regurgitar una y otra vez agua con suavizante, hasta que un centrifugado fatal hiciera saltar por los aires todos mis engranajes hacia los in-

[1] ¡Vaya!, ha dejado de funcionar... así porque sí. ¡Y dos veces que lo he utilizado!, que hasta lo guardo en el embalaje original cuando no lo uso. Imposible que su fabricante haya calculado su vida útil de antemano y sea esta la razón de que ahora falle. Imposible...

cautos clientes como si fuesen metralla... En cierto modo somos bastante parecidos una lavadora y yo: ambos tenemos que tragar mucha mierda.

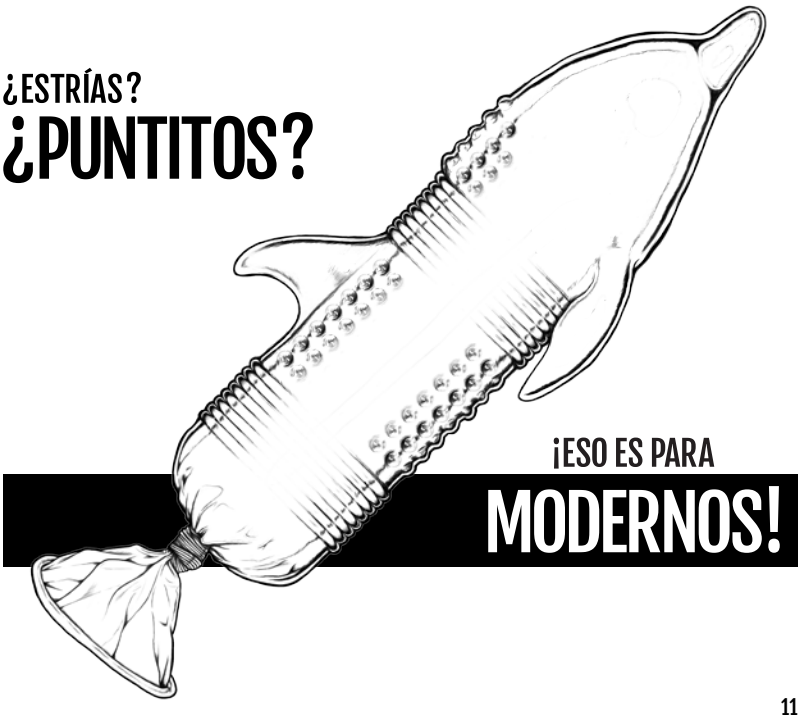
Pero no, no soy una lavadora, soy un condón. Un condón masculino, básico, amarillento de fábrica, sin sabor, estrías, puntitos o efecto retardado. Vamos, de los de antes. Eso sí, resistente y elástico como ninguno. ¡Ah!, y con forma de pepino, no de delfín ni de góndola veneciana... ¡Eso es para modernos!

«Haz tu cometido. Aguanta, resiste los golpes, no te rompas... mantente flexible y serás recompensado con un merecido descanso», oí mientras me empaquetaban junto con once compañeros, cada uno ya encapsulado en su humilde habitáculo de seis por seis centímetros.

Aquellas palabras se quedaron grabadas a fuego en mí. Sí, eso es justo lo que estaba decidido a hacer: «Resistiría, aguantaría las embestidas, mantendría en mi interior la "leche condensada" sin dejar escapar ni una gota y, una vez de vuelta, reclamaría mis merecidas vacaciones», pensé completamente convencido.

Con ese ánimo estábamos todos los profilácticos. Impacientes por ser estrenados en el interior de una caja que, para nuestra desgracia, acabó colocada bien al fondo en uno de los estantes bajos de una farmacia. Allí donde apenas alcanza la luz, pues un poco más atrás... Nos tocaría aguantar más de lo esperado hasta ser comprados y conseguir debutar.

Cuando cuentas cómo fue tu primera vez, la expectación se nota en el ambiente. Algunos lo único que desean escuchar es que fue un desastre: que a él no se le levantó, que ella estaba tan nerviosa que las contracciones involuntarias de sus músculos vaginales convertían en una misión imposible cualquier tipo de «actividad espeleológica[2]», o incluso que toda aquella acumulación de adversidades mediocremente subsanadas diesen lugar a un embarazo no deseado y, coincidencias de la vida, puede que sea por eso que estás *tú* hoy aquí.



Ya... hubiese sido maravilloso que ocurriese con una pareja en pleno apogeo, con tal pasión que la fricción entre sus cuerpos desnudos hiciese arder las sábanas; podría haber sido mediante una aparición estelar en una película *porno* de esas en las que se mezclan tantos fluidos que ya ni se me usa por protección, sino por asco; o incluso en un polvo normalito, de los de descargar y a otra cosa. Me atrevería a decir que, hasta ser estrenado con una mamada callejera entre contenedores en una calle oscura y poco transitada, sería más digno que mi primera vez. Y es que, en mi caso, debuté con la misma mala sensación que en una cita a ciegas de la que sabes que no vas a salir bien parado y, lo que es peor, de la que eres consciente que te es imposible escapar.

De repente notamos un leve golpe. Un tambaleo que nos pone a todos en modo alerta. «¡Por fin nuestra caja se mueve! Por fin saciaré el calentón de alguna pareja despendolada, seré utilizado de chubasquero antes y durante la tempestad y, cómo no, restaré sensibilidad al "salchichón" que me posea», pensé. No todo iba a ser positivo...

Desde el interior todos los preservativos oímos ruidos a nuestro alrededor. Escuchamos cómo alguien retira el plástico protector y cómo rasga el cartón de la caja con ansia, en lo que entendimos como un acto desenfrenado de pasión; un calentón de huevos incontrolable que le hizo actuar de forma tosca y agresiva. Todos expectantes, todos esperando ser elegidos y por suerte —que no

destino— fue a mí al que le tocó el premio gordo... abandonando la oscuridad de mi envoltorio, listo para cumplir con mi cometido.

Rápidamente tira mi envase al suelo no sin antes apretujarlo bien, me coloca en la punta de su glande, me desenrolla y... ¡Pim! —me deslizo—. ¡Pam! —me roza—. ¡Pum! —me raspa—. ¡Pim! —me arde—, ¡Pam! —me escuece—, ¡Pum! —¡Siento cómo me desgasto!—. «Esto no es para nada lo que yo me esperaba... ¿Dónde está la esponjosidad, la humedad, o la viscosidad?».

Justo entonces me doy cuenta: no hay ella, no hay él, ni siquiera ello. He sido rellenado de «mazapán toledano» y me encuentro siendo frotado una y otra vez por puro vicio autosatisfactorio. Soy la fina capa que separa del dolor a mi compañero de faenas, esclavo de su placer, cómplice en su obsesión por el *frottage*[3]... sintiendo cómo me restriega una y otra vez contra todo aquel plumón de oca embutido para su deleite.

Sin sutilezas, sin medias tintas: estoy siendo partícipe de una *paja pija*[4] utilizando como juguete sexual a su almohada, de la que ya conozco de sobra su textura, rugosidad y olor.

---

[2]La espeleología es la ciencia que estudia la morfología de las cavidades naturales (cavernas, cuevas...) del subsuelo terrestre. Pero seguro que no te hacía falta esta información para hacerte una idea de lo que va la cosa... ¡Espabilado/a!

[3]Excitación al frotar cualquier parte del cuerpo —genitales incluidos— contra la pareja sin que exista penetración. Bueno, en este caso contra su inanimada pero no por ello menos juguetona almohada (guiño, guiño).

Y no es hasta que está en su momento más álgido, bien sudoroso, desesperado por alcanzar el clímax, que llaman a la puerta y los nervios hacen su aparición. De repente su dulce navideño se queda a medio gas, y a aquel adolescente no le queda otra que levantarse apabullado mientras estira las sábanas para intentar ocultar la forma de su silueta —medio hundida en el colchón viscoelástico de tanto empujón—, despegándose la almohada de su pecho sudoroso y colocándola en su lugar mientras chilla:

—¡Un momento!

«Un momento», repite para sus adentros mientras me mira y mira a la papelera, me mira y mira hacia la ventana, me mira y golpean de nuevo en la puerta mientras giran la manija.

—¡Ya voy!

Me agarra histérico, tira y estira hasta que finalmente me suelto dándole un latigazo en la mano y, antes de darme cuenta, estoy volando por los aires.

Medio usado, bien pulido, rezumando la vergüenza y el pavor de mi compañero de batalla, siento la brisa del atardecer acariciando mi aún humeante látex mientras voy descendiendo piso tras piso con la misma gracilidad que un pétalo de rosa; meciéndome las constantes ráfagas de viento; observando destellos de las vidas de los vecinos de aquel «abrillantador de almohadas» a través de sus ventanas hasta que, sin mejorar mi suerte, acabo aterrizando en la verja de una escuela de educación primaria, siendo objeto de risas de adolescentes ruborizados que no logran

entender por qué mi interior está completamente vacío, muecas de indignación de viejecitas arrastrando carros desbordados de productos de oferta y comentarios de MILF[5] que aún visten como quinceañeras: «¿Llevará un mes al sol y se ha evaporado la "papilla"? ¿Acaso es una cámara oculta? ¡Por Dios!, ¿qué clase de degenerado dejaría ahí colgado un condón?».

[4]Cuando decides dejarte tus ahorros en darle al manubrio utilizando —para algunos malgastando— preservativos para tus desahogos matinales. Si eres chica no te sientas excluida, imaginemos que los usas para introducir un plátano dentro de él —para llevártelo de merienda a la piscina y que no se moje, claro...—, y lo llamaremos «dedo afrutado pijo».
[5]*Mother I'd like to fuck*. Y si no sabes inglés, *googlealo*. Que una imagen vale más que mil palabras.

2

COLILLA

Dicen que la gente es bondadosa por naturaleza, que no hay maldad en el ser humano, que son las experiencias las que lo traumatizan, las que lo vuelven paranoico, y ya la sociedad hace el resto.

Pues bien, tres días colgado de una colorida verja sin otra cosa que hacer que observar a mi alrededor, fue como asistir a un curso exprés de sociología. Ni maldad ni bondad, ¡caos!: niños tirando piedras a las alumnas que les gustan para llamar su atención —¡Claro, déjala tuerta!, y así seguro que sale contigo. ¿Quién la va a querer con taras?—. Profesores hastiados reunidos en círculos fumando de manera neurótica mientras observan cómo sus pupilos comen tierra, corren de un lado a otro hasta que se caen pelándose las rodillas contra la arena y lloran. ¿Nadie les hace caso? Pues a comer tierra de nuevo.

Si alguien quiere saber de verdad cómo funciona la sociedad, que se pase unas horas analizando recreos. ¡Eso sí!, sin llevar gorra ni gafas de sol, a esos rápido los ficha la Policía y puede que al final seas tú el que acabe siendo vigilado...

Golpes, gritos, gritos y más gritos. Todos corriendo en la misma dirección excepto uno: el pobre hazmerreír de la clase, que se queda patidifuso, observando cómo vuelven a su lado, le dan otra buena ración de manotazos y se alejan de nuevo corriendo entre risas. Sin poder soportar otra ronda de collejas, con lágrimas en los ojos, el pequeño bufón huye a toda velocidad hasta la verja que lo separa de su libertad, la verja que lo mantiene encerrado junto a todos esos abusones que, entre burlas, ponen su granito de arena. Un renglón más en la lista de experiencias traumáticas de aquel niño *bullying*[6] para que así los psiquiatras sigan teniendo trabajo; para que existan empresas de seguridad que se ganen la vida poniendo alarmas en casas; para que siempre haya alguien a quien odiar con tal de no pensar en nuestros propios problemas, evadiéndonos mientras tanto en los ajenos, todos ellos tan fáciles de resolver: tan solo se necesita apretar el botón del mando de la televisión y *¡chao!*

No es hasta que ese niño levanta la vista que nos conocemos por primera vez. Se seca las lágrimas, me observa, se limpia bien los mocos que le chorrean de la nariz con la manga mientras mira de reojo a sus maltratadores —que ahora se dedican a intentar bajarse los pantalones los unos a los otros— y, es en ese preciso instante, cuando su mirada cambia por completo. En un chasquido de dedos, sus ojos pasan de tristeza con un toque de rabia acumulada a tener llamas en su interior. Estira su brazo mientras se pone de puntillas para alcanzarme, me abre y me hace tragar

y tragar arena como si fuese un pato de granja del que se espera obtener al menos una docena de tarros de paté, hinchándome hasta los topes, sujetándome bien fuerte y ondeando en el aire mi cuerpo convertido en una morcilla a punto de estallar. Y es entonces cuando coge carrerilla y corre directo hacia sus enemigos mientras todo gira a mi alrededor.

Un héroe es tan solo una persona normal que, frente a todo pronóstico, realiza un acto irracional beneficioso para una o varias personas sin pensar en su propia supervivencia, y aquí nuestro niño no era un héroe, qué va, nuestro niño era un animal: un bípedo enajenado que se encontraba encerrado en una jaula de la que no podía salir, y en la que su supervivencia dependía de actuar igual que el resto o completamente diferente —desviándose hacia la rama de la locura e imprevisibilidad, claro—. Los profesores ya tenían demasiado manteniéndose en pie día tras día, enseñando y haciendo de niñeras de aquella panda de tarados. No hay suficiente café en el mundo para aguantar sin que, en algún momento, se les pasase por la cabeza lo a gusto que se quedarían llevando a esos niños de excursión al servicio para sumergir sus cabecitas una a una en la taza del váter y premiarles

---

[6]Acoso físico y/o psicológico al que es sometido un alumno por parte de sus compañeros de forma persistente. Venga, porque eres tú, voy a obsequiarte con una anécdota inventada que te transportará a una época en la que el Sr. Bizarro aquí presente tenía la tierna edad de doce años. Descúbrela en la página 28.

con el «sueño eterno», con el no tener que preocuparse en llegar a ser adultos y necesitar beber siete cafés al día —el cuarto ya diluido en vodka— para conseguir sobrevivir a una horda de salvajes que, lo único que traían consigo, eran taquicardias y visitas al médico en busca de recetas para antidepresivos.

Y ahí estaba yo, en un campo de batalla sin supervisión adulta, siendo usado como porra contra todos aquellos niños con los pantalones por los tobillos, repartiendo a diestro y siniestro mientras intentaban huir arrastrándose por el suelo, mientras se cubrían la cara con las manos y chillaban como descosidos. No de risa esta vez, esta vez de pavor.

—¡Desechables! —dijo una colilla—. ¡Somos de usar y tirar! Aquí estamos para disfrute del prójimo, para sufrimiento propio.

Nuestros destinos se cruzaron en una de las papeleras de la escuela, una vez los profesores descubrieron cuál era el arma que aquel niño blandía. Exacto, a un servidor reconvertido en una porra de látex rellena de tierra bien prensadita. La misma cachiporra que lanzó a la cabeza de uno de sus acosadores mientras huía.

Ahí estaba yo, de nuevo por los aires —aunque esta vez dejando tras de mí una estela de arena como si fuese el haz de luz de una bala trazadora[7] directa a su objetivo— golpeando su cabeza de tal forma que, la arena que todavía quedaba en mí, se extendió por todo su cuero cabelludo. Un bonito recuerdo para aquel abusón del acto de rebeldía de su hasta ahora sumisa víctima, de

un indefenso cervatillo que, por un instante, mostró al mundo sus colmillos y garras de depredador.

La colilla me contó que hubo un tiempo en el que era larga, esbelta y formaba parte de un pequeño grupo, una pequeña familia de la que poco a poco iban desapareciendo compañeros. Antes lo llamaban Cigarro y vivía hacinado en una pequeña cajita de cartón junto con otros diecinueve.

—¡Para que luego protesten esos puros habanos que llegan de contrabando haciéndonos la competencia de una manera completamente desleal! —se quejaba contaminada por los pensamientos de la que fue su verdugo—. Si solamente son siete u ocho en una espaciosa caja de madera... ¡A nosotros nos tocaba dormir de pie, bien apretujados los unos con los otros!

Colilla perteneció a una cajetilla que llevaba consigo una maestra, una pedagoga que daba unos largos paseos en coche tras su jornada laboral. Sin prisa, rozando el límite de velocidad mínima permitida para asegurarse de que su marido y su hijo ya estuviesen durmiendo cuando se presentase en casa.

Si era necesario, una vez llegaba a su domicilio y descubría que no había tardado lo suficiente, volvía de nuevo a la escuela para alargar el desplazamiento; si hacía falta, se quedaba sentada en el asiento del conductor, eliminando uno a uno a los congéneres de Colilla mientras miraba de reojo el reloj del salpicadero con el motor apagado, esperando desde la lejanía a que la luz de su salón se desvaneciera.

Colilla vivió en sus propias carnes los sentimientos de la profesora: con cada calada su cuerpo iba desapareciendo, convirtiéndose en el fantasma de lo que una vez fue; con cada tiro iba muriéndose poco a poco, sin poder hacer nada al respecto hasta que se convirtió en el despojo que ahora, apesadumbrado, compartía sus penas conmigo.

Colilla y yo compartíamos bolsa de basura. Así que, para pasar el rato, imaginamos que hubiese sido de nosotros si hubiésemos tenido la oportunidad de ser los dueños de nuestro destino, que no tiene nada que ver con lo que los humanos llaman suerte, u oportunidad, o estar en el sitio correcto en el momento oportuno. Sí, toda esa tanda de sandeces que se resumen en que si no haces nada, nunca pasará nada. Si no compras lotería, nunca te va a tocar.

Pues bien, Colilla decidió que quería ser el cigarro de algún forajido del antiguo oeste, de uno de esos bandoleros que disparaban al aire mientras cabalgaban a todo galope tras caravanas de carromatos llenas de oro, pieles o con lo que quiera que se comerciase en aquella época. Eso no era lo importante, lo importante era que Colilla viviría miles de aventuras y nunca moriría pues, como es bien sabido por las películas de vaqueros, los bandidos siempre llevan en la boca o un palillo o un cigarro, y esos cigarros nunca se acaban. O están nuevos o a medio consumir, pero jamás se apagan, nunca dejan de resplandecer en la oscuridad, convirtiéndose en el único indicio en una noche cerrada de que allí hay un malvado pistolero escondido, expectante, paciente... esperando el momento oportuno para abalanzarse sobre algún incauto con el zurrón a rebosar de dólares de plata.

---

[7]Balas con una pequeña carga pirotécnica en su interior que hace visible su trayectoria.

Colilla lo tenía claro, le daba igual cuántas muertes sumasen las muescas en la empuñadura del revólver de aquel malhechor, o qué sería de aquella gente que solo buscaba ganarse la vida y, por cosas del destino acabarían perdiéndolo todo, incluso a una de sus hijas para disfrute de nuestro bandido favorito.

Colilla quería sobrevivir, quería sentirse amado, rodeado por unos labios agrietados pero fuertes, que no lo soltaran, que lo mantuvieran a salvo. Colilla era una cáscara vacía de lo que en su día fue.

En cambio, yo no lo tenía tan claro. Me crearon para eliminar la posibilidad de vida, para despreocuparse y centrarse en lo que de verdad les importa: el placer. El darle al vicio sin preocupaciones, el conseguir evitar tener «hijos tontos[8]» fruto de relaciones libidinosas entre amantes con primer grado de consanguinidad, el sortear tener hijos listos —o igual de bobos— por el resto de la humanidad y *mojar el churro* hasta en los días de regla. Sí, para eso se creó la esponja vaginal, para los asquerositos y los remilgados.

«¿Acaso era un villano por naturaleza? ¿Existía la posibilidad de que mi función original marcase mis decisiones, pensamientos y forma de ser?». Fue la primera vez que pasó por mi mente que, quizás, las cosas están hechas para un propósito e independientemente de que desees que no fuera así, no está en tu mano el cambiarlas.

Colilla seguía siendo un cigarro en su fantasía, pero yo no tenía tan claro querer ser un preservativo en la mía.

DABA IGUAL CUÁNTAS
MUERTES
SUMASEN

LAS MUESCAS EN LA EMPUÑADURA

DE AQUEL REVÓLVER...

El colegio cerraba ya sus puertas y, como de costumbre, el conserje gritaba malhumorado a los niños que se habían quedado a jugar al futbol tras las clases:

—Venga, ¡hombre ya! ¿Pero es que no tenéis vida? Todo el día aquí en el colegio venga a dar balonazos a la pared de mi casa. ¡Idos ya a molestar a otra parte con la pelotita! —se quejaba mientras recogía las bolsas de las papeleras y las introducía en un contenedor. El mismo contenedor verde que, cuando estaba colgado en la verja, veía cómo dejaba fuera de la escuela como «ofrenda» al camión de la basura.

Y allí, formando parte de los desperdicios acumulados en aquel contenedor, esperamos. Todos en silencio, con tan solo el repiqueteo de las gotas de lluvia impactando contra su superficie como entretenimiento.

No fue hasta bien pasada la noche que notamos un zarandeo: el camión de la basura ya estaba aquí. Pero no cualquier camión, ¡un camión futurista! Uno de esos que ya no necesitan de barrenderos que vuelquen los contenedores para dejar caer las bolsas de basura en su interior.

Este *recogemierdas* a gasolina tenía un brazo mecánico que directamente tiraba toda la basura por encima de él generando una espectacular ducha de mierda, como si el propio camión tuviese algún tipo de fetichismo enfermizo en el que arrojarse basura desde lo alto le excitase hasta límites que solo podría ser capaz de entender otro fanático incondicional del *Wet And Messy*[9].

Y fue en ese proceso en el que la bolsa en la que Colilla y yo compartíamos alojamiento se rasgó con uno de los tornillos de aquel reluciente brazo, saliendo despedidos con tanto ajetreo envases de zumo, cáscaras de plátano, colillas —Colilla incluida—, bolitas de papel de aluminio que todavía llevaban el nombre de algún alumno escrito en la pegatina, vasos reciclables de café, piedras, rotuladores descapullados y, cómo no, yo.

La lluvia había inundado las calles, y uno de los múltiples agujeros en el asfalto de la carretera se convirtió en nuestro nuevo charco compartido. Así acabamos Colilla y yo, flotando en una de esas piscinas artificiales, siendo testigo de cómo, poco a poco, se desvanecían todos sus sueños junto con ella; de cómo el papel reblandecido se separaba del filtro mientras las hojas chamuscadas de tabaco se esparcían por todo el charco, hasta que tan solo quedó prueba de su existencia en este relato.

Y así fue cómo volví a quedarme solo, hundiéndome poco a poco en aquel bache con los restos de Colilla flotando a mi alrededor. Y, por un instante, sentí que yo también había dejado de existir.

---

[8]Ponte delante de un espejo, obsérvalo atentamente y encontrarás la respuesta. ¡Es *bromi*!
[9]Fetichismo mediante el cual una persona se excita al verterse diferentes tipos de sustancias y líquidos sobre su cuerpo. Existe la posibilidad de que la excitación sea solo visual y no por contacto. En esta parafilia no tienen cabida los fluidos corporales, así que si eres de los/las que se mean en la ducha puedes dormir tranquilo/a: solo eres un/a guarro/a.

[6]ANÉCDOTA INVENTADA BULLYING

EL COMPÁS

Jueves por la mañana, me encuentro encajonado en mi pupitre como todo un alumno ejemplar atendiendo a la maestra. Nervioso, alerta, con todas mis esperanzas puestas en que no se repita lo de los últimos tres días y, de repente, ¡pam!: una patada en la mochila.

Miro de reojo hacia atrás y mi compañero se disculpa con un gesto. ¡Pam, pam!, dos *trayonazos* hacen que las hombreras anatómicas se despeguen del respaldo y uno de los libros salga despedido por la abertura de la cremallera y yo, compungido, aprieto la mandíbula conteniéndome cabizbajo, al igual que el lunes, y el martes, y el miércoles...

¡Pam, pam, pam, pam! Impotente, doy media vuelta para mirar con ojos vidriosos a ese cabrón desgraciado mientras digo: «Vale ya, ¿no?». Y me vuelvo hacia la pizarra para descubrir a la profesora en silencio, clavándome la mirada con la tiza en la mano, como si fuese el único culpable de mi desdicha.

Diez segundos después de que continúe con la lección ¡pam!, y es entonces cuando me doy cuenta de que por mucho que me gire y le pida amablemente —con los mocos colgando por la congoja que me invade— que deje de reventar mi material escolar a patadas, eso nunca va a suceder.

Así que escudriño el escritorio, cojo lo más punzante que encuentro... ¡el compás!, y con el mismo cariño que demuestra el «pichichi» hacia mi mochila con ruedas se lo clavo en el brazo, presionando mientras lo giro lentamente para que lo note, disfrutando del momento sin pensar en las posibles consecuencias futuras. Y, tras sentir aquel *avivador* atravesando sus músculos, tras un «berrido» y un chorro de sangre manando como un géiser al extraer la punta, el más absoluto de los silencios. No más patadas. La profesora se gira de nuevo y nadie dice nada: la *espiral del silencio* haciendo de las suyas.

Lo más gracioso es que a partir de ese día nos hicimos íntimos amigos y, al convertirnos los dos en «cazadores», necesitábamos de una presa a la que acechar; de un pobre bastardo indefenso que hiciese justicia a nuestro rol... échale la culpa a la naturaleza humana.

3

EL RETO DEL CONDÓN

Followers! ¡Seguidores! El valioso tesoro de la Web 2.0.[10]

De repente todo el mundo con el móvil en la mano dispuesto a realizar su aportación a la humanidad, esperando con ansia que algo triste, interesante, estrepitoso o divertido —para el que no lo sufre, claro— ocurra. ¡Qué más da! Lo importante es que suceda un acontecimiento que grabar o fotografiar. Y si no hay suerte, ya hacen algo al respecto: van corriendo y se tiran a un estanque lleno de patos; se ridiculizan por la causa subiéndose con una buena cogorza al columpio más alto del parque infantil entre carcajadas, puro espectáculo hasta que resbalan y caen de bruces contra el suelo para acabar enseñando su desdentada y ensangrentada piñata a la cámara; bailan frente a la *webcam* como

[10]Conjunto de sitios web y aplicaciones con un diseño centrado en permitir a los usuarios crear contenidos, interactuar y colaborar entre sí en la *World Wide Web*. ¡Que sí! ¡Que hay *gigabytes* de sobra para millones de vídeos de gente cepillándose los dientes!

poseídos a pecho descubierto sus *remixes* favoritos al más puro estilo Bollywood; salen a pasear por la calle sosteniendo con la mano un *narci-palo*[11] venga a darle a la sin hueso —de la lengua estoy hablando, ¡mente sucia!— hasta que una moto se los lleva por delante por cruzar despistados, y es justo ese acontecimiento el que los pondrá en la lista de *trending topics*; ya hacen el paripé invocando al *Ayuwoki*[12] frente al espejo de un cuarto de baño mugriento iluminado con tan solo la luz de dos o tres velas aromáticas, o incluso utilizan como carne de cañón a sus pobres mascotas y bebés con tal de conseguir unos míseros *likes*, a cualquier ser indefenso y adorable que haga que se te caiga la baba, para luego coger y lanzarle un tranchete de queso en toda la jeta y te rías viendo su reacción.

Lo importante es generar contenidos sin cesar para plataformas que sobreviven gracias a millones de personas que abarrotan su perfil con miles de fotos y vídeos... eso sí, sin saber el porqué de la gratuidad de aquel negocio redondo. Como sociólogo experto en patios de colegio me atrevería a decir que todo fue un experimento que se fue de las manos, un laberinto de ratas desbordado en el que las paredes dieron de sí rezumando sin control una nueva peste negra, una peste negra con forma de red social.

Pues bien, Cristina y Sonia eran dos adolescentes con delirios de grandeza, e Internet el caldo de cultivo perfecto para todas sus locuras. Su debut al estrellato comenzó como casi todas las co-

sas que merecen la pena: por casualidad. Con un vídeo *amateur* en el que aparecían andando por la zona de fiesta de su ciudad completamente emperifolladas, más borrachas que la bayeta de un camarero, cantando y riéndose con unos *minis*[13] de ron con batido de fresa en la mano y, por cosas del destino —que no suerte—, a Sonia se le metió el tacón en una de las rendijas de una tapa de alcantarilla.

Su cuerpo empezó a tambalearse igual que el de esas supermodelos que se hacen tres esguinces seguidos en un desfile de moda y ahí siguen, sin rechistar, manteniendo el tipo hasta que desaparecen de la pasarela. Pues igual se meneaba Sonia en la pantalla del móvil de su amiga, intentando agarrarse a Cristina sin éxito mientras gritaba y caía al suelo a cámara lenta con el mini dando vueltas a su alrededor como un aspersor hasta que, finalmente, sus carnes chocaron contra el suelo empedrado.

---

[11]También conocido como palo *selfie*, se trata de una vara extensible de metal que permite fijar un dispositivo a uno de sus extremos para realizar un autorretrato, obteniendo así un encuadre mayor que el que se consigue con el brazo en su máxima extensión.

[12]*Creepypasta* —historia corta de terror compartida a través de Internet con la intención de asustar o inquietar al lector— basada en un robot animatrónico a tamaño real de Michael Jackson el cual, según cuenta la leyenda, aparece a las tres de la madrugada para observarte mientras grita el popular «*hee, hee*» del cantante al que intenta asemejarse. Su nombre deriva de la frase «*Annie are you ok?*», perteneciente a la canción *Smooth Criminal*.

[13]Nombre que recibe el vaso de plástico de 750ml en la zona central de España, siendo denominado *katxi* o *maceta* en otras comunidades autónomas.

Fue entonces cuando su buen par de «*airbags* naturales» absorbieron la mayor parte del impacto, atrayendo las miradas de todos los allí presentes hasta que, como si de un espectáculo circense que necesitase de un punto final se tratase, el vaso vacío rebotó en el suelo y acabó como sombrero de Sonia, consiguiendo arrancar de aquel estupefacto público los aplausos y vitoreos que cierran los últimos segundos del vídeo.

Tras hacerse viral, el «*Show* de Sonia» estaba bien almacenado en la tarjeta SD de cientos de móviles, con miles de *likes* en cada red social, con millones de visitas en cada plataforma de vídeos... y Cristina, la cabeza pensante del equipo, convenció a su protagonista para aprovechar aquella oportunidad de oro. «Una de esas oportunidades que solamente se dan una vez en la vida», le dijo su nueva y autoproclamada representante, y abrir el canal *Mini hat's girl*, en el que Sonia aparecería haciendo todo tipo de retos mientras Cristina grababa y se encargaba del resto de detalles.

Generaron contenidos, los subieron a la plataforma, hicieron publicidad por las redes sociales y, para su sorpresa, tras unas pocas semanas su canal tuvo gran repercusión entre las masas, convirtiéndose en un éxito rotundo que, de seguir así, sin duda alguna se volvería su fuente de ingresos de por vida. Sus seguidores no paraban de agregar comentarios en sus vídeos acerca de lo divertido que era ver a Sonia atragantarse con el *reto de la canela*, se regocijaban escribiendo que parecía un extintor cuando

expulsaba a presión canela en polvo por la nariz mientras convulsionaba en busca de oxígeno con la cara completamente roja; no les faltaba tiempo para publicar lo excitados que se ponían cuando se dilataba los labios succionando un vaso de chupito durante varios minutos, convirtiéndose en una muñeca hinchable de carne y hueso de la que goteaba saliva sin control por las comisuras de sus grotescos morros.

Nadie le dijo a Sonia que el *reto de la canela* podía causarle un colapso pulmonar, ni que el *reto de los labios* podía generar moratones y desgarros con consecuencias de por vida... Eso sí, el número de visitas, los «me gusta» y los nuevos comentarios eran la comidilla de cada día entre Cristina y su mártir.

Continuaron subiendo vídeos, pero poco a poco la mecha de la fama se fue apagando. Su primer vídeo —el que dio a Sonia tanta popularidad— tenía algo especial: era espontáneo y divertido, era Sonia en estado puro. Algo imposible de simular... Pasado un tiempo sus seguidores se cansaron de lo forzado de su actuación y el canal empezó a bajar de suscriptores.

Cristina, como buena mánager, decidió que el *reto de los siete segundos* —en el que te decían qué hacer y en ese periodo de tiempo, sin dar opción a la lógica, tenías que reaccionar y conseguir el objetivo marcado— era la mejor opción para volver al estrellato. Aunque en este caso añadiría un toque especial: involucraría al espectador. Sería un reto que haría realidad las peticiones de sus seguidores, ellos podrían decidir las penurias de Sonia.

Sin pensárselo dos veces, Cristina puso en acción su plan maestro y abrió un foro con el que recopiló cientos de peticiones, a cada cual más enfermiza.

Tres días después, preparó con esmero un detallado *dossier* con todas aquellas enajenaciones mentales plasmadas sobre papel maché rosa palo, protegidas por unas cubiertas de color blanco roto. La presentación lo era todo para convencer de una idea tan descabellada como aquella a Sonia, que ya estaba sentada esperándole en su cafetería favorita mientras removía un *caffè latte*, observando a través del escaparate cómo Cristina candaba su bicicleta a una farola al tiempo que empezaba a llover.

Tomaron tarta, se rieron, hablaron de lo que sea que hablen las adolescentes hoy en día, contemplaron atontadas los impactos de las gotas de lluvia en el cristal del escaparate y, cuando la atmósfera cuidadosamente preparada por Cristina tomó forma, sacó el *dossier*. Hizo una presentación de matrícula y se lo entregó a su actriz principal con delicadeza para que pudiese ojearlo.

—Un atraco simulado, comerse un cactus, arrojarse un cubo de agua hirviendo por encima, correr por las vías del tren con los ojos vendados, electrocutarse con un táser la lengua, rasurarse las cejas con una cuchilla oxidada —Las pupilas de Sonia se dilataban más y más con cada frase que leía, mientras intentaba asimilar de lo que se le quería hacer partícipe—, comer criadillas con pimentón, tirarse rodando por un precipicio dentro de un cubo de basura, beber un chupito de lejía...

Cristina la miraba impaciente, repetía en voz baja cada frase y afirmaba con la cabeza con cada propuesta que su títere leía. Sonia levantó la mirada y, en donde Cristina —aplaudiendo emocionada— esperaba oír un «¡Me encanta!», sus oídos registraron una respuesta totalmente diferente:

—Pero... ¿Se te ha ido la pinza?

—¿¡Qué!? —preguntó indignada Cristina ante la respuesta de su «saco de *punching*»—. Tres días. ¡Tres días me he pasado reuniendo ideas!, semanas pensando cómo sacar nuestro canal a flote... Para ti es fácil, solo tuviste que hacer el ridículo cayéndote. ¡Pato! ¡Que eres un pato! —se desquitó la ofuscada mánager.

A Cristina no le gustaba que le llevasen la contraria. Así que se levantó, arrancó el *dossier* de las manos de Sonia y se fue dejando la cuenta sin pagar, no sin antes cerciorarse de que su hasta ahora sumisa marioneta viese cómo lo tiraba a la basura.

Una airada y malhumorada Cristina pedaleaba con furia de camino a casa, completamente enfrascada en sus propios pensamientos. Tan cegada iba, que casi se empotra contra un camión de la basura.

La enrabietada *partner*[14] frenó en seco, derrapando por una carretera aún empapada por la lluvia; sintiendo cómo los neumáticos de su bicicleta hacían *aquaplaning* hasta quedar a unos pocos centímetros del culo de nuestro moderno y archiconocido camión con brazo robótico. Con el corazón a mil por hora, miró al suelo mientras cogía aire intentando recuperarse de aquel susto y, ahí estaba yo, hundido en un nauseabundo charco junto con Colilla hecha añicos.

Al descubrirme Cristina sonrió, pero no tiernamente, sino con una sonrisa de las que acojonan. Se agachó e introdujo la mano en mi humilde pecera, revolviendo el agua y esparciendo los restos de Colilla hasta que me alcanzó, rescatándome de las profundidades para guardarme en un paquete de pañuelos desechables.

«Se va a cagar», pensaba mientras pedaleaba de forma frenética alejándose a toda velocidad.

—¡Se va a cagar! —repetía una y otra vez entre risas nerviosas.

CRISTINA TENÍA GUARDADO UN ♠

AS EN LA MANGA...

ALGO QUE,
POR SUPUESTO,

♠ PRETENDÍA USAR.

Conoce a tu enemigo y vencerás; conoce a tu amigo y siempre irás un paso por delante.

Sonia odiaba las confrontaciones. Cada vez que tenía una discusión, en su estómago se generaba una bola de nervios que crecía y crecía, que no le dejaba pegar ojo por las noches, que le generaba retortijones y sudores fríos... Sonia tenía un punto débil: no podía aguantar demasiado tiempo enfadada con nadie; necesitaba desesperadamente reconciliarse o los nervios se la comerían viva, y Cristina contaba con ello. Así que esperaría, esperaría pacientemente lo que hiciese falta hasta que Sonia, hecha un manojo de nervios, temblorosa y descompuesta, se acercase para arreglar las cosas y sería entonces cuando aprovecharía para proponerle un último vídeo. Una emisión en directo que, o les sacaba de aquella espiral de *dislikes* y huida masiva de seguidores, o supondría el cierre del canal, una necrológica audiovisual que pondría punto y final a aquel episodio de su vida. Algo que, por supuesto, Cristina no iba a permitir que pasase.

Aquella desesperada sucia, digo socia, lo tenía todo planeado: la retransmisión en directo para evitar que Sonia se echase atrás en el último momento y eliminase el vídeo antes de que se subiese al canal; la publicidad en redes sociales para tener a todo el mundo expectante delante de sus dispositivos el día de su emisión y, por supuesto, un desenlace inolvidable, un momento equiparable al de aquel vaso de mini que casualmente acabó de sombrero de Sonia en su vídeo más popular.

Sí, Cristina tenía guardado un «as en la manga», algo que su actriz revelación desconocía cuando aceptó hacer esta última colaboración como ofrenda de reconciliación y que, por supuesto, Cristina pretendía usar.

Y así fue cómo, tras varios días de duro trabajo, por fin llegó el momento que determinaría si su canal *Mini hat's girl* volvería a ser viable.

Cientos... ¿cómo que cientos?, miles de seguidores accediendo a la emisión en directo para no perderse nada. Todos expectantes, todos observando una pantalla en negro en la que aparecía un contador regresivo con números digitales rosas marcando el tiempo que faltaba para el comienzo de aquel planificado *show*.

—¡Es la hora! —dijo Cristina—. En tres... dos... ¡uno!

Y los tres mil veinticuatro usuarios conectados tuvieron en pantalla al unísono el encuadre que nuestra «directora» había preparado: a Sonia en un plano americano que no paraba de moverse, de enfocarse y desenfocarse debido a los nervios de su compañera, revelando un temblor de manos que no dejaba lugar a dudas de la procedencia casera de aquella retransmisión.

---

[14]Socio de negocios. Pero vamos, que si tienes una «socia» como Sonia mejor que te prepares las oposiciones para administrativo del Estado, que seguro que vives más y mejor.

—Bienvenidos una vez más a *Mini hat's girl*, o la chica del mini en la cabeza por si eres de los que se escaquean en clase de inglés para darle al bebercio. Hoy tenemos algo muy especial para vosotros, un reto que hará que vuestras cabezas *exploten* igual que... que algo que me voy a poner yo en la mía. Y no, no es un mini, ¡cachondos! —dijo Sonia haciendo alardeo de su verborrea natural—. Os daré una pista: algunos se lo ponen en el «cabezón» cuando tienen una erección. ¿¡Que no!? Bueno, venga va, os lo digo, que aquí mi amiga detrás de la cámara está poniendo cara de pedo... ¡Hoy toca el *reto del condón*! —y, tras una pequeña pausa, continuó—: Ya, ya sé lo que estáis pensando... pero no. No es ese de meterse el condón por la nariz y sacarlo por la boca, ¡déjate, que se me ven las caries! Ni tampoco ese en el que se llena de agua y la Cris lo tira sobre mi cabeza atrapándome dentro como si fuese un besugo. ¡A ver tu qué te piensas!, que esta permanente tan glamurosa cuesta un dinero...

Con todos aquellos *voyeurs* digitales[15] completamente engatusados, Cristina me sacó todavía húmedo del paquete de pañuelos desechables y me entregó a su títere de carne y hueso que, al tocarme y sentir que estaba mojado, rechinó los dientes en un acto reflejo, mostrando una mueca de asco a los miles de ojos puestos en ella.

—Es lubricante, para que deslice mejor —aclaró Cristina.

—¡Ah!, vale... —respondió Sonia mientras me miraba de cerca un tanto insegura—. Bueno, ¡pues a ello!

Y comenzó a introducir su cabeza en mi interior. A estirarme con los dedos para cubrirse poco a poco conmigo, rozándole el látex la cara, comprimiendo y deformando sus facciones hasta tal punto que estaba totalmente irreconocible, igual que si fuese un atracador de bancos *low cost* tras ajustarse una de esas medias de abuela marrones. A duras penas consiguió deslizarme hasta taparse la nariz y, apretándome contra sus pómulos con ambas manos para evitar que el aire escapase, comenzó a hincharme.

Sonia cogía aire por la boca y la echaba por las fosas nasales, que se abrían sobremanera mientras unas marcas de vaho hacían su aparición en mi interior tras cada bocanada.

«Vaya final para mi historia, acabar siendo estallado por una adolescente en directo. Una víctima más del morbo que alimenta a esas escatológicas noticias que aparecen en los telediarios no sin antes avisar que pueden dañar la sensibilidad del espectador; uno de esos controvertidos vídeos que una vez salen a la luz, terminan convirtiéndose en contenido escabroso de la *Dark Web*[16], vídeos

---

[15]Personas que realizan fotografías a escondidas a ciudadanos por coleccionismo, diversión o autocomplacencia sexual, siendo común este tipo de comportamiento en playas. Aunque, mira bien a tu alrededor, también podrían estar «robándote el alma» ahora mismo mientras lees este libro (guiño, guiño).

[16]Parte de la *Deep Web* intencionalmente oculta a los motores de búsqueda, con direcciones IP enmascaradas y accesible solo a través de navegadores específicamente creados para ello. Sí, aquí seguro que encuentras el vídeo *Two Girls One Cup*, ¡coprófago/a vicioso/a!

que, al final, todo el mundo se dedica a compartir en grupos de aplicaciones de mensajería instantánea de forma enfermiza». Ahí estaba yo, cada vez más voluminoso, esperando la bocanada de gracia mientras el encuadre no paraba de moverse, enfocarse y desenfocarse.

Cristina no tenía parkinson juvenil, qué va, y su cámara no temblaba por los nervios, su cámara temblaba por la risa contenida. Y justo cuando ya me había hecho a la idea de que iba a reventar como una pompa de chicle, en ese mismo momento en el que acepté mi fatal destino, Cristina gritó:

—¡Tiene lefa!

Sonia paró de soplar y la miró ojiplática, sin acabar de procesar lo que le acababa de chillar.

—¡Lo cogí de la calle! Eso pringoso no es lubricante... ¡Es corrida!

Y el encuadre comenzó a zarandearse más que nunca. Cristina reía sin parar y Sonia empezó a sentir arcadas. Arcadas tan fuertes que se tapó la boca con ambas manos para intentar aguantar el vómito, sin darse cuenta que tenía un condón cubriendo la mitad de su cara. Y como si de una erupción volcánica se tratase, una explosión de comida a medio digerir salió despedida de entre sus dedos, lo que hizo que apretase aún más fuerte con las manos para aguantar la segunda oleada —mucho más potente si cabe que la primera—, la cual expulsó esta vez por la única salida libre que su vómito encontró: su nariz.

Lo que estaban presenciando todos aquellos usuarios los dejó completamente boquiabiertos, al igual que a Cristina, que ya no reía ni le temblaba el pulso. Incapaz de reaccionar a cualquier estímulo, se quedó congelada realizando un retrato fidedigno de la realidad cual estatua, retransmitiendo en directo cómo Sonia se ahogaba en su propio vómito.

Yo mantenía toda aquella bilis hasta la altura de sus ojos, con la nariz sumergida bajo trozos de palomitas y jamón york a medio digerir que flotaban a su libre albedrío.

Sonia intentaba respirar por la boca entre arcadas. Sus ojos rojos, su mirada tan desesperada como la de un buzo con el vidrio de la escafandra roto en el fondo del mar. Sin alternativas, sin posibilidad de sobrevivir.

No fue hasta que Cristina despertó de aquel trance, salió corriendo hasta Sonia y me arrancó de su cabeza, que pudo volver a respirar.

Por desgracia, al ser retirado a toda velocidad por la «experimentada camarógrafa», todo el vómito naranja que mantenía retenido en mi interior salió despedido duchando a ambas por completo... y, fue entonces, cuando la directora de aquel escatológico *show* se unió al espectáculo. Tal asco le dio, que no pudo contener su propia ración de bilis y estalló igual que una boca de incendio tras recibir un golpe en una persecución policial, empapando aún más a la moribunda Sonia.

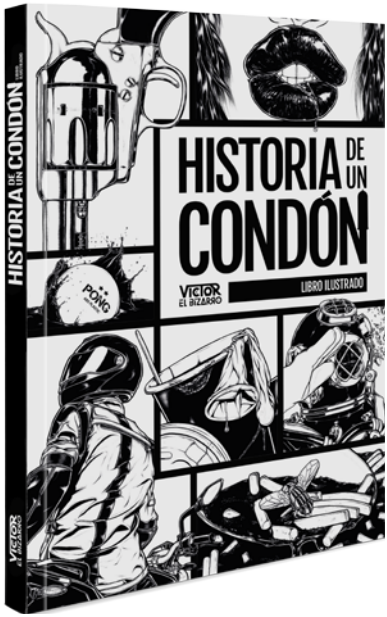
Un acontecimiento que quedó grabado de forma permanente en la retina de sus miles de espectadores y disponible en la plataforma para poder reproducirse una y otra vez, eternamente... Para que, incluso cuando sus protagonistas tengan cincuenta años, todo el mundo pueda disfrutar de aquel soez espectáculo como si hubiese ocurrido ayer; como si el tiempo se hubiese congelado

en aquel instante y el porvenir de aquellas dos chicas quedase salpicado por una enorme mancha indeleble, una mancha de vómito naranja que las perseguirá durante el resto de sus días.

Cristina no tenía planeado aquel final. No tenía pensado unirse a aquella exhibición de arcadas y vómitos a cambio de salvar la vida de su amiga; ni se le pasó por la cabeza que aquel toma y daca de reflujos acabaría siendo el vídeo más buscado del año; ni por asomo pudo haber imaginado que su plan tuviese un final tan redondo... Y es que, tal y como dice el refrán: «La unión hace la fuerza».

¿TE QUEDASTE CON GANAS DE MÁS?

CONSIGUE TU EJEMPLAR EN DIGITAL O EN PAPEL



[Google Play Books]

La edición digital también incluye ilustraciones.

[Librerías]

Compra presencial, online y/o envío a domicilio según librería.

WEB OFICIAL

HISTORIADEUNCONDON.VICTORELBIZARRO.COM

MÁS INFORMACIÓN

WWW.VICTORELBIZARRO.COM/LIBROS

¡Elena! Gracias por prestarme tus pies para pisar tampones empapados en acuarela verde; por remover con una varilla condones sumergidos en un vaso de batidora; aguantar una sesión de veinte fotos agarrando un pepino... por escuchar mis cientos de cambios con tanta paciencia y por tus valiosas aportaciones.

¡No, no me esperéis con un bate en el rellano de la escalera! ¡Ni me desheredéis! No me he olvidado de todos a los que he dado la paliza con mis: «Léete el borrador y me dices qué te parece —y pasados cinco días ya daba igual porque había cambiado el texto por completo—. ¿Hay demasiadas comas?, ¿se entiende bien el párrafo? ¿Ves algo raro en ese dibujo?, ¿qué tal la composición?...». ¡Gracias por vuestro apoyo!

«¡Vaya pervertido/a!», pensarán cuando te descubran con este libro entre tus manos. «¡Qué degenerado/a!», susurrarán en corrillo al observar cómo te ríes cada dos por tres mientras lees sus páginas, incluso alguna que otra madre primeriza te hará una foto a escondidas con la destreza de una *voyeur* digital —pero con fines de protección y seguridad para la «comunidad», o bajo esa premisa se escudará si la descubres— para compartirla con su grupo de mensajería instantánea del colegio, convirtiéndote en todo un/a depredador/a sexual a ojos de cientos de progenitores sobreprotectores... ¡Y todo por disfrutar de esta obscena, satírica, *bizarre* y entretenida novela en público! ¡Por sorprenderte con las desgracias, digo aventuras de Condón y quedarte perplejo ante todo el extravagante elenco de «personajes» con los que compartirá protagonismo durante las alocadas historias en las que se verá envuelto! Pues, una vez te sumerjas entre sus páginas... tu percepción del mundo nunca volverá a ser la misma.

WWW.VICTORELBIZARRO.COM

MUESTRA GRATUITA
PROHIBIDA SU VENTA

UN REFLUJO DE

SENSACIONES

DIRECTO A TU PALADAR.